



Capítulo 305 - Fueron al coliseo

"¿Quieres que... saque el cadáver del Papa de las entrañas de este naufragio... con magia?"

Morgana preguntó con la voz cargada de incredulidad, mirando fijamente al enorme demonio tendido en el centro de la sala como quien observa una obra de arte hecha por un lunático.

Kraggor, tumbado boca abajo, emitía pequeños ronquidos que parecían terremotos apagados. Su piel temblaba de vez en cuando, como si su estómago estuviera librando una batalla interna.

—Exactamente —respondió Virgilio, sin el menor rastro de vergüenza o humor en su tono.

Sus ojos se fijaron en ella, como si acabara de pedir algo tan normal como un café.

"Ya he probado... métodos convencionales", añadió, flexionando la mano, que aún vibraba ligeramente por la energía. "Un puñetazo. Una patada. Un empujón con Yamato. Nada. Ya está digiriendo. Además..."

iiiKRG00000000!!!

El sonido que provenía de Kraggor era apocalíptico.

Un eructo monstruoso, lo suficientemente potente como para hacer vibrar toda la habitación como un tambor de guerra.





Un rayo de luz dorada explotó desde la boca del demonio, perforando el techo como una lanza divina y abriendo un agujero perfecto, revelando el cielo estrellado sobre ellos, enmarcado por nubes negras.

Durante unos segundos todos se quedaron mirando el agujero en el techo.

El silencio era casi respetuoso.

"...Nos va a matar antes de que terminemos la digestión", comentó Gwen, con los brazos cruzados, arqueando una ceja como si esa fuera la conclusión más lógica del mundo.

Morgana se frotó las sienes y respiró hondo. «Esto es tan absurdo que ofende mi magia...».

Suspiró resignada y se acercó, ya conjurando círculos de contención alrededor del vientre de Kraggor.

"Sujétalo", ordenó, mientras runas negras brillaban bajo sus pies.

Kraggor emitió un gruñido soñoliento y movió una pierna, rompiendo algunos de los muebles que lo rodeaban.

Gwen aseguró rápidamente sus enormes brazos con cadenas etéreas, mientras Vergil agitaba su mano de todos modos y las sombras de Kraggor lo sujetaron al suelo, presionándolo como un abrazo.

—Eso podría... doler un poco —murmuró Morgana, colocando ambas manos abiertas sobre el estómago del bruto.





"¡Un guerrero puede soportar cualquier dolor!", dijo Kraggor con orgullo.

Morgana miró a Vergil como si quisiera matarlo, entonces... Comenzó a recitar un encantamiento en un idioma extraño, cada palabra reverberaba como un trueno amortiguado a través de la carne de Kraggor.

El cuerpo del demonio se arqueó violentamente.

Su vientre emitía un sonido extraño, una mezcla entre el ruido de una tubería obstruida y un trueno distante.

De repente, la piel de Kraggor comenzó a brillar con un tono dorado enfermizo, y su pecho se elevó en espasmos.

"Uh-oh..." dijo Gwen, ya preparándose para esquivar.

Entonces, con un rugido grotesco, Kraggor vomitó.

Un torrente dorado de luz y fragmentos sagrados salió disparado de la boca del demonio, junto con un objeto grotesco envuelto en una masa viscosa de energía luminosa.

El impacto arrojó a Gwen y Morgana unos metros hacia atrás.

El objeto cayó al suelo con un ruido sordo: un cadáver mutilado, pero aún resplandeciente de energía sagrada: lo que quedaba del cuerpo del Papa.

Vergil se acercó, observando el cadáver medio digerido con ojos calculadores.





"Excelente", dijo simplemente, como si estuviera evaluando una mercancía.

Gwen tosió, limpiándose la sustancia dorada de la capa. "Bien. Ahora tenemos unas gachas a medio comer. ¡Menudo festín!"

Morgana, todavía limpiándose la suciedad de la cara, miró a Vergil con una mirada asesina. «La próxima vez, intenta resolverlo antes de que el bicho se coma el cadáver del papa».

Virgilio ignoró completamente la provocación.

Ya estaba examinando el cuerpo: líneas de poder aún latían débilmente a través de la ropa rasgada.

"Aún tiene valor", dijo Vergil. "Las bendiciones impregnadas en el cuerpo pueden usarse. Y lo más importante..." Se arrodilló, tocando su sombra. "Hablamos luego, Itharine", pensó Vergil, y ella se tragó su cuerpo en la oscuridad.



Vergil se levantó lentamente, limpiándose la mano enguantada como si acabara de resolver una tarea desagradable. Sus ojos recorrieron el pasillo destrozado; la luz dorada que provenía del agujero en el techo iluminaba el desorden... y la ausencia.

Él frunció el ceño.

"¿Dónde están?" preguntó en voz baja, casi para sí mismo.



Luego, con más firmeza, se volvió hacia Morgana, que seguía sacándose la sustancia dorada del pelo: "Mis esposas. ¿Dónde están?"

Morgana se quedó paralizada por un instante, como si intentara inventar una mentira aceptable, y fracasara estrepitosamente. Soltó una risita sin alegría, mirando hacia otro lado.

"Entonces... sobre eso..." Se aclaró la garganta. "Técnicamente, estaban aquí... Pero esta mañana, algo pasó."

Vergil se cruzó de brazos y su sombra se extendió por la habitación como si amenazara con devorar a Morgana por completo si tardaba demasiado en hablar.

"Continúa", dijo, su voz tan aguda como la espada de Yamato.

Morgana dio un paso atrás, sonriendo nerviosamente.

"Bueno... es que... dos reinas demonios han decidido resolver sus diferencias..." Hizo un gesto al aire, como si se tratara de una disputa vecinal sobre los límites de la valla. "Y... a nuestras chicas les pareció divertido verlo."

Virgilio no respondió.

Él simplemente inclinó la cabeza ligeramente: un movimiento pequeño, pero lleno de fría amenaza.

"¿Cuáles reinas?" La pregunta quedó suspendida en el aire como un cuchillo sin mango.





Morgana abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir... hasta que finalmente resopló derrotada.

Parece que Raphaeline tuvo problemas con el Cabernet... así que... decidieron luchar. La temperatura en la habitación pareció caer en picado.

Vergil apretó el puño hasta que le crujieron los nudillos. «Raphaeline...», repitió en voz baja. «Contra Cabernet».

Gwen, al otro lado de la habitación, dejó de limpiar su capa para mirarlos con una expresión que mezclaba interés y puro terror.

—¿Qué carajo...? ¿Qué se le ocurrió a ese maldito demonio japonés? —dijo Vergil lentamente—. Si algo les pasa a Raphaeline y a los demás...

Morgana levantó las manos, a la defensiva. "¡Oye! ¡Yo no fui quien organizó las peleas entre reinas demonios! Solo... bueno, no les impedí que lo vieran".

Vergil caminó hacia el centro de la habitación, con el Yamato todavía colgando de su mano derecha.

Respiró profundamente, controlando el impulso de atravesar la pared más cercana.

"¿El Coliseo, dices?" Su mirada brilló con peligrosa determinación.

—Sí, esa en la que retaste al imbécil de la familia Phenex —añadió Morgana apresuradamente—. Incluso parece que iba a ver la pelea... algo así...





Vergil se volvió hacia Gwen, quien ya había terminado de conjurar un portal negro en la pared. La magia crepitaba en el aire, ansiosa por actuar.

—Encárgate de Kraggor, ¿quieres? Luego regresa al inframundo y cuéntame lo que sabes. Pídeles a Kaori y a Valerie que busquen información con las criadas de la familia Gremory —dijo Vergil simplemente.

Si Raphaeline y Cabernet están peleando... algo podría pasar... más aún después de que Katharina, Ada y Roxanne fueran atacadas por vampiros a manos de Spectre y su facción. Envainó a Yamato con un gesto seco y se lanzó hacia el portal sin esperar respuesta.

Detrás de él, Gwen suspiró con fuerza. «Entendido, Maestro», respondió.

Morgana fulminó a Gwen con la mirada. "¿No crees que te lo estás tomando demasiado en serio?"

La atmósfera se congeló.

Vergil se detuvo a unos pasos del portal.

Su presencia se convirtió en un muro de acero puro y rabia controlada.

Se giró lentamente, como una avalancha a punto de derrumbarse, y enfrentó a Morgana con unos ojos tan fríos y letales que el suelo pareció doblarse bajo sus pies.

Él sonrió.





No es una sonrisa amistosa, sino algo afilado, depredador, como la espada que precede a una ejecución.

"¿Qué te parece?", dijo Vergil con una voz tan suave que era casi un susurro (pero cada palabra era una hoja de obsidiana), "¿mantienes la boca cerrada?"

Morgana, por primera vez en mucho tiempo, sintió un auténtico escalofrío recorrer su columna.

Vergil dio un paso hacia adelante, suficiente para que su sombra se tragara a Morgana por completo.

"Después de todo", continuó, todavía sonriendo cortante, "¿puede alguien a quien amas morir instantáneamente por un estúpido descuido?"

Se inclinó ligeramente y su voz ahora era un susurro venenoso.

"No, no puedes."

Sus ojos ardían como hornos antiguos, amenazando con destrozar a Morgana con solo el peso de su presencia.

"Entonces la próxima vez, ahórranos tu broma estúpida... y cállate."

Morgana tragó saliva con dificultad y miró hacia otro lado brevemente.

Incluso Gwen, acostumbrada a la brutalidad de Vergil, permaneció en completo silencio.





Vergil se giró con la misma peligrosa calma y atravesó el portal.

Gwen miró de reojo a Morgana, levantando una ceja.

"Te lo advertí", murmuró antes de seguirlo.

Morgana resopló suavemente, molesta, pero se mantuvo en silencio mientras saltaba al portal también.

****Por otro lado, la visión los golpeó como un trueno:**

Ante ellos se alzaba el Coliseo, colosal.

Construida con piedras negras y marfil manchado de sangre, se curvaba hacia el cielo como una corona de titanes muertos.



Las gradas estaban llenas de demonios de todas las formas y tamaños, cada uno gritando, rugiendo y apostando sus almas en la pelea que se desarrollaba en el centro de la arena.

Y allí, en el centro: Raphaeline, vestida con un kimono de batalla con dragones dorados, intercambiaba golpes brutales con Cabernet, cuyo cabello carmesí ondeaba como llamas asesinas.

El suelo ya estaba agrietado y con cada impacto se abrían cráteres bajo sus pies.

Espadas hechas de energía pura, rayos de magia oscura y explosiones de poder cortan el aire como una guerra atronadora.



Y, en medio de la multitud más protegida, sentados cómodamente en tronos improvisados cubiertos de encantamientos de barrera...

Las esposas de Virgilio observaban como si estuvieran en un evento deportivo.

Stella y Roxanne, tomando té tranquilamente y comiendo dulces.

Ada animaba como si estuviera en un concierto de rock. Sí, animaba a su madre... Parece que su relación ha mejorado mucho y...

"¡Mátenla, perra!" gritó Zafiro señalando el Cabernet. "¡Aquí solo yo puedo ser rojo!"

"¡Oye!" gritó Katharina a su madre.

"¡AQUÍ SOLO MI HIJA Y YO PODEMOS SER PELIRROJAS!", se corrigió Safira...

"¿Qué carajo está pasando aquí...?" dijo Vergil apareciendo en escena.

